

## Sitges Teatre Internacional: del Cardiff británico al Arena de Murcia

*Roberta Carreri o el arte de "cabalgar el tigre"*

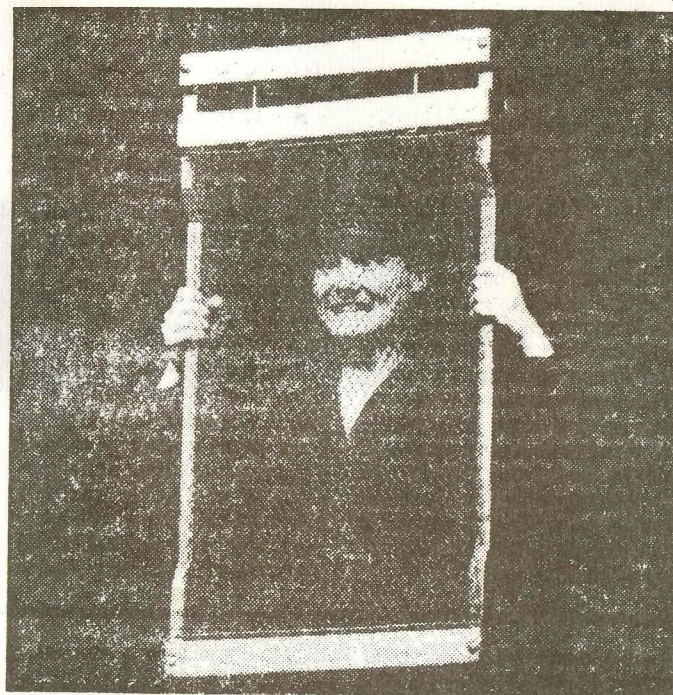
La larga vinculación de Toni Cots al Odin Teatret se hace notar en Sitges Teatre Internacional, y la sombra de Eugenio Barba, el fundador del célebre y prestigioso teatro de Holstebro se proyecta de diversas formas sobre nuestro festival de primavera. La crítica y erudita Nicola Savarese que ha dictado sus tres conferencias ilustradas en el Maricel, convivió tiempo atrás con el Odin y elaboró con Barba algunos de sus trabajos teóricos más notables. De otro lado, el Odin Teatret —así, con todas las letras— aparece en la programación de S.T.I. aunque, en realidad, se trate sólo de una representación del grupo a cargo de esa excepcional actriz que es Roberta Carreri.

Me pareció recordar la figura y el rostro de esa mujer, un genuino producto artístico "made in Odin", de cuando la visita de su compañía a Canet de Mar, en 1977, invitada por Comediants. En aquella oportunidad y en una sesión prácticamente privada —50 espectadores poco más o menos— pude asistir a uno de los ejercicios teatrales más fascinantes, cuya emoción trasciende el instante de la representación y se archiva para siempre en la memoria. Se titulaba "¡Ven! y el día será nuestro" y en su reparto figuraba el nombre de Roberta Carreri junto, entre otros, a un genial actor llamado Taje Larsen. Ahora, en su personaje de "Judith", leyenda en torno a la victo-

ria del hechizo femenino sobre la encarnación de todo el poder terrenal.

La cuota de mayor esfuerzo, de mayor identificación, de mayor captura del personaje que parece cobrar vida propia, al margen de la personalidad del actor, ese adiestramiento durísimo que Barba exige a los componentes de su escuela, lo muestra Roberta Carreri con un despliegue de recursos y expresiones literalmente fantástico y donde una "Judith" sin maquillaje ninguno ofrece asombrosas metamorfosis: desde las delicadas maniobras de la seducción hasta la salvaje fiera de la mujer-verdugo de Olofernes, pasando por el gesto astuto y temible de la maquinadora del crimen salvador. Tal vez el espectáculo tenga una inflexión monótona en su segunda mitad, pero aunque sólo fuera para comprender cómo se logra "chevaucher le tigre" según pide Barba a sus pupilos y cómo hacer del acto teatral ese rito misterioso y poético de la transformación, merecía la pena esa hora y cuarto de profundas sugerencias que nos ha brindado Roberta Carreri.

En el mismo espacio del nuevo "auditorium", todavía en plenas obras, Simon Thorne y Phillip Mackenzie, dos espléndidos ac-



"Fase I: usos domésticos" es la propuesta de Esteve Grasset

tores británicos del acreditado Cardiff Laboratory Theatre, ofrecieron el viernes por la noche la primera representación de "Man Act II". Se trata de un trabajo dirigido por Neil Barlett, que desarrolla una larga secuen-

cia de una compleja investigación titulada, genéricamente, "Man Act". A la segunda parte de tal indagación, esto es, a "Man Act II", le ponen el título de "Milagros", referencia sardónica al proceso —imposible y absurdo—

de la educación de un niño a partir de los recuerdos, conductas, rutinas y temores de dos adultos desquiciados por su propia biografía.

Sobre un brevísimos espacio de 9 o 12 metros cuadrados, "Milagros" es un pequeño relato en torno a la destrucción de los hábitos cotidianos y de la persecución desesperada e inútil de recuerdos con los que reconstruir la lógica de la existencia. La obra se alza así, como una sarcástica cargada antiproustiana, con momentos delirantes mezclados en un "totum revolutum" con otros de una amarga desesperanza. Los días se suceden aprisionados en ese hurgar vano y frenético de los personajes, que buscan el sentido de su misión —y la salvación propia— en ese territorio inseguro de la nostalgia. A pesar del quiebro criminal de ritmo, un auténtico vacío en la acción que se produce antes de la hermosísima escena final, el público se dejó conquistar justamente por la categoría del trabajo interpretativo.

También de la destrucción de la cotidianeidad trata "Fase I: usos domésticos" que Esteve Grasset —uno de nuestros marginales más importantes— ha escrito y dirigido para Arena, un grupo de la ciudad murciana de Al-

cantarilla que ha presentado su trabajo en Tratre El Prado. Preliminar de otras dos "fases" —"Maniobras urbanas" y "Callejero"—, "Usos domésticos" se ha concebido en clave tragicómica de gruesos trazos y donde el lenguaje del "clown" cobra un franco relieve.

Resulta significativo comprobar cómo el tema de la rutina y su conflicto con la racionalidad constituye de unos años a esta parte campo de acción de un teatro —en el fondo, enormemente moral— con soluciones recurrentes descubiertas en latitudes muy alejadas entre sí. Grasset y el grupo Arena se libran en su regocijante espectáculo a contar una rebelión primaria del hombre contra los objetos más usuales. "Usos domésticos" es un encadenado de "gags" que van de la provocación risueña y disparatada a la acción de efectos agrídulces, en un "crescendo" que acaba en el caos y la destrucción del entorno inmediato. La comedia está servida, pero el drama, parece contarnos Grasset, viene después: el hombre/autómata sigue ahí, esperando escribir un próximo capítulo de su forzada degradación. Es obligación ineludible señalar el formidable trabajo de tres actores —Enrique Martínez, J. Manuel Quiñonero y J. Pedro Romero— que se acreditan como espléndidos profesionales capaces de dar mucha guerra.

JOAN-ANTON BENACH